Hay algo que me pasa muy seguido y que imagino que a muchos de ustedes probablemente también les pasa. Voy a asados con amigos y familiares y de repente surge alguna discusión que involucra convicciones muy profundas. Al principio la discusión surge en tono amable, pero con el correr de los minutos empiezan las chicanas, los argumentos tiradísimos de los pelos o el uso de datos muy engañosos porque pensamos a la discusión como una competencia en la que queremos ganar a toda costa y en la que nos cuesta un montón poner a prueba nuestras convicciones más profundas. Una de las personas con las que más veces discutí en mi vida es mi papá. Discutimos de todo, pero sobretodo de política y de economía. Y cuando yo recién empezaba la carrera de sociología era cuando más discutíamos y yo me re calentaba en esas discusiones, odiaba perderlas y de hecho la mayoría de ellas las perdía. Sin embargo, después de pasada la discusión me quedaba pensando, ¿estaba bien lo que yo decía? ¿era un disparate lo que decía mi papá? En muchos casos constataba que lo que decía mi viejo efectivamente era una pavada, pero en otros tantos casos podía darme cuenta que mi papá tenía razón en varios puntos, solo que en el medio de la discusión me costaba reconocérselo porque eso implicaba cuestionar mis creencias más firmes o como ocurría en buena parte de los casos porque hería mi orgullo propio. A continuación les voy a contar dos historias en las cuales los datos me ayudaron a cambiar de opinión. La primera tiene que ver con mi tesis doctoral que defendí en marzo pasado. Buscando algún tema sobre el cual investigar surgió uno que era muy recurrente en las discusiones con mi papá: ¿por qué hay países ricos y por qué hay países pobres? No se trata de una pregunta original, de hecho lleva décadas de discusión en las ciencias sociales. Pero a mí me interesaba ver si podía aportar algo propio. Mi idea original era que había una relación directa entre industrialización y desarrollo económico. De modo tal que todo país especializado en industria, es decir que exporta productos industriales necesariamente es un país desarrollado. Y a la inversa mi idea era que todo país especializado en recursos naturales, es decir que exporta materias primas, necesariamente es un país subdesarrollado. Bueno, me puse a buscar datos y encontré un montón. Y los volqué en este gráfico. Fíjense, arriba van a aparecer los países especializados en industria, que exportan productos industriales, y abajo van a aparecer los países especializados en recursos naturales. Veamos qué pasa con los países desarrollados. No puse a todos para simplificar. Fíjense, la mayoría está arriba del gráfico, es decir, exporta productos industriales, ¿quiénes están ahí? Está Estados Unidos, está Japón, Alemania, Corea, Francia. Sin embargo, hay tres países que son muy desarrollados y que están en la parte de abajo del gráfico y exportan mayormente recursos naturales. ¿Quiénes son? Australia, Noruega y Nueva Zelanda. Veamos ahora qué pasa con los países en vías de desarrollo. Y de alguna manera pasa lo contrario. Tenemos a la mayoría de los países en vías de desarrollo que está abajo del gráfico, es decir, está especializado en recursos naturales. Ahí tenemos a Argentina, los países sudamericanos, los países africanos o los de oriente medio por ejemplo. Sin embargo, hay un puñado de países en vías de desarrollo que está en la parte de arriba del gráfico, que exporta productos industriales, como México, Tailandia, Filipinas o China. Entonces, tras el contacto con los datos mi idea original tenía que ser cuando menos matizada. Ahora, ¿podría ser que no hubiera un mejor común denominador del desarrollo económico? Bueno, seguí jugando con los datos y encontré que lo que yo llamo el índice de capacidades tecnológicas de los países; es decir los gastos en investigación y desarrollo como porcentaje del PBI que tiene cada país y las patentes per cápita que tiene cada país al parecer correlaciona un poco mejor con el desarrollo económico que si exportan recursos naturales o industria. Ahora tenemos un eje horizontal de modo que en la derecha del gráfico tenemos a los países con altas capacidades tecnológicas y a la izquierda del gráfico tenemos a los países con bajas capacidades tecnológicas. Los países desarrollados tienen altas capacidades tecnológicas y a la inversa con los países en vías de desarrollo independientemente  de que estén arriba o abajo del gráfico. Bien, esto es una foto de la actualidad. Y qué pasa si adoptamos una perspectiva de los últimos 50 años. Desde la década de los 60, mi idea original es que había una única forma de ir hacia el desarrollo, que es partir de abajo a la izquierda, es decir del cuadrante sudoeste e ir hacia arriba a la derecha, es decir hacia el cuadrante noreste. Sin embargo, los datos me mostraron que hay diversidad de trayectorias posibles, por ejemplo Noruega en los años 60 estaba en el centro de trayectoria del diagrama, se fue primero para arriba pero descubrió petróleo en los años 70, se fue para abajo y después para la derecha. Nueva Zelanda y Australia históricamente estuvieron por el corredor sur del gráfico, se fueron para la derecha. Japón, Estados Unidos o Alemania ya estaban en el cuadrante noreste en los años 60, se fueron más para la derecha. México arrancó en el cuadrante sudoeste, se fue para arriba a la izquierda, se quedó ahí entrampado. Corea hizo un recorrido espectacular partiendo del cuadrante sudoeste y hoy está en el cuadrante noreste. China hizo, está haciendo algo parecido a lo que hizo Corea con unos 20 años de rezago. Fíjense, hay alguien que, qué pasó, se tomó todo el Malbec y se quedó deambulando como un borracho, (Risas) ¿quién es? Argentina.

(Aplausos)

La segunda historia en la cual los datos me ayudaron a cambiar de opinión tiene que ver con mi hermano Pablo. Pablo me lleva 13 años y es quien me enseñó a leer cuando yo estaba en el jardín. De chiquito Pablo era mi hermano preferido, era muy cariñoso conmigo a la vez que encarnaba lo cool de ser un periodista de rock. Cuando yo cumplí 13, Pablo pegó un viraje muy grande a su vida. Fue papá y se hizo hare krishna. De un día para el otro yo tenía un hermano profundamente religioso que yo sentía como irreconocible y con quien me costaba horrores poder comunicarme. Odié la religión en mi adolescencia, no entendía qué rol cumplía en la vida de las personas y sentía que había abducido a mi hermano Pablo. Mucho tiempo más adelante yo estaba interesado en ver cuál es la relación entre el desarrollo económico de los países y la felicidad de sus habitantes. Mi idea era que a mayor desarrollo económico, mayor felicidad. Y bueno, me puse a buscar nuevos datos y a leer la literatura especializada y encontré que tal relación, si bien existe y es importante, era bastante menos potente de lo que yo imaginaba originalmente. Y un ejemplo de eso es que América Latina a pesar de los enormes problemas de violencia, atraso o desigualdades es una región en donde los habitantes se auto declaran de los más felices del mundo. Y amén de factores culturales, una posible razón detrás de eso es que en América Latina tenemos lazos sociales calientes en un entorno de relativo ejercicio de las libertades fundamentales. Hay mucho consenso entre los especialistas del bienestar subjetivo en que lazos sociales calientes tienen un impacto positivo en la felicidad de las personas. Y por lazos sociales calientes me refiero a lazos familiares, lazos con amigos, lazos religiosos o el sentirse parte de un todo más grande como puede ser la nación, una comunidad barrial, una comunidad religiosa, un partido político o un sindicato. Conocer estos datos me hizo cuestionar fuertemente el prejuicio que yo tenía hacia la religión. Religión viene del latín "religare" que significa juntar fuertemente. En un mundo donde pareciera que estamos cada vez más, excesivamente individualizados, la religión junta, crea lazo social y en ese sentido tiene un impacto positivo en el bienestar subjetivo de las personas. No es que me haya vuelto religioso ni mucho menos, de hecho sigo siendo agnóstico y tengo miles de críticas a los preceptos morales de la religión pero conocer estos datos me permitió entender cuál es el rol social que cumple la religión y más importante aún entender cuál es el papel que la religión cumple en la vida de mi hermano y a partir de ahí cambiar fuertemente mi forma de vincular hacia él.

No sé si a ustedes les pasa pero pienso que cuando un dato va con lo que nosotros ya pensamos a priori es cómodo y es gratificante, es como decir "vieron, yo tenía razón". Y si el dato nos desafía, ¿qué pasa? Bueno a veces nos brota un instinto de defensa de decir, ese dato que me desafía está mal, es trucho y mi experiencia cotidiana lo desmiente día a día. Está claro que puede haber datos truchos o con serios problemas  metodológicos pero concluir eso sin antes analizar en detalle el dato nos encierra sobre nosotros mismos y nos impide cualquier aprendizaje. Otra cosa que suele ocurrir muchas veces cuando discutimos con datos es que torturamos a los datos hasta que confiesen lo que nosotros queramos que confiesen (Risas). Es decir, barremos debajo de la alfombra la parte del dato que no nos gusta y si realzamos la parte del dato que nos gusta. Mi propuesta es más sencilla, tratemos de ser más honestos con los datos y con nosotros mismos. Y para eso me interesa remarcar un par de cuestiones. Por ejemplo, los datos no son la realidad, son una simplificación que nos permite entender algunos aspectos de la realidad, son una suerte de mentira útil podríamos decir. Y el camino que va de la realidad al dato es lo que se llama metodología, es la letra chica que tiene todo dato. Así como los alimentos tienen su cocina previa y su información nutricional, los datos tienen la suya y tenemos que estar bien al tanto de eso. Aún más, muchas veces los datos requieren de acuerdos sociales previos para ser construidos, es decir, tenemos que ponernos de acuerdo en cuál es esa letra chica que está detrás del dato. Por ejemplo en el caso de la pobreza. Pobreza significa estar debajo de un umbral mínimo de bienestar. Ahora, ¿cuál es ese umbral mínimo? ¿Es una canasta alimentaria de 2000 calorías, de 2200 calorías? ¿Con qué alimentos? ¿Tiene otro tipo de cosas además de alimentos? ¿Cuáles? ¿Ropa, cloacas, un celular, un auto? En función de la decisión metodológica que tomemos podemos tener cifras de pobreza radicalmente distintas y es clave que entendamos eso. De hecho, muchas veces en las discusiones nos comparamos con nosotros mismos en alguna variable a lo largo del tiempo o con otros países y eso está buenísimo y hay que hacerlo pero muchas veces no reparamos en que estamos comparando peras con manzanas, es decir datos hechos con distintas letras chicas. Tenemos que estar muy seguros de comparar peras con peras. A modo de ejemplo, si un país define como petiso a todo aquel que mide menos de 1,50m y otro país define como petiso a todo aquel que mide menos de 1,60m, si una persona mide 1,55m va a ser petiso en un país y no en el otro. Lo mismo pasa con la pobreza en donde los umbrales mínimos de bienestar son muy diferentes entre países. En suma, como decía recién, si el dato va con lo que nosotros ya pensamos a priori, es cómodo, es gratificante. Y si el dato nos desafía y tras mirarlo una y otra vez se nos sigue riendo en la cara, ¿qué hacemos? Terminemos de comer el bife del asado en el que estábamos, tomémonos una ducha, investiguemos, tomémonos todo el tiempo que haga falta y capaz podamos concluir que perder una discusión también es ganarla. Muchas gracias.

(Aplausos)